



Seix Barral Biblioteca Furtiva

Janne Teller

Guerra

¿Y si te pasara a ti?

Traducción del inglés por
Patricia Torres Londoño

PRÓLOGO

Escribí *Guerra* en 2001, cuando el debate sobre los refugiados en Dinamarca parecía haber olvidado que dos de nuestros valores europeos, filosóficos, humanitarios —e incluso cristianos—, más aclamados son «Todos los seres humanos nacen iguales» y «Hay que tratar a los demás como te gustaría que te trataran a ti». Una revista danesa para profesores publicó el texto como un relato de ficción. En 2004, la editorial danesa Dansklærerforeningens Forlag decidió publicar el texto en una pequeña edición, en formato de pasaporte, maravillosamente ilustrada por Helle Vibeke Jensen.

Dado que procedo de una familia de inmigrantes y refugiados austriaco-alemanes que se establecieron en Dinamarca, la idea de que los

acontecimientos geopolíticos pueden poner patas arriba la vida de cualquiera ha sido siempre algo muy real y tangible para mí. Pero para muchos daneses escandinavos no es así. La idea de convertirse en refugiados es para ellos tan absurda como la idea de vivir en Marte. Fue por eso que escribí *Guerra* como una invitación a conocer la vida de quien tiene que abandonar su país. Pero no a través de la mirada de los refugiados que llegan a Dinamarca desde muy lejos, sino a través de la mirada de los propios daneses, al obligarlos a imaginar desde sus vidas seguras que su mundo se viene abajo debido a una —esperemos— impensable guerra entre los países nórdicos.

Precisamente porque este relato se escribió como una invitación a imaginar, siempre he sabido que a la hora de traducirlo es necesario adaptarlo a los países en los que se vaya a publicar, a su historia, cultura y geografía. Sin embargo, el relato no pretende recrear guerras u hostilidades del pasado. Por eso siempre intento evitar lo obvio y, en cada uno de los casos, he

propuesto un escenario que resulte creíble basado en estereotipos internos o externos, y, al mismo tiempo, intento dejar bien claro que sólo se trata de una situación imaginaria. En Colombia, infortunadamente, la guerra es una realidad muy conocida. Sin embargo, existen grandes diferencias entre las experiencias vividas por quienes han sido directamente afectados por la guerra, y las de aquellos que habitan en las ciudades o lejos de las zonas de combate. De tal modo que para Colombia he elegido una situación en la cual la Región Central quiere tener el poder y apropiarse de las riquezas de las otras regiones, para satisfacer las necesidades de un gobierno autocrático denominado la «Nueva Colombia», mientras que la Región Occidental, con el apoyo de la Región Sur, se rebela contra el dominio de la Región Central e inicia una guerra. Se trata de un combate que se desarrolla sobre todo en las ciudades y en las poblaciones de mayor tamaño. La Región Norte logra separarse a tiempo y se convierte en la única zona del país donde se mantiene la paz.

Cada vez es mayor en todo el mundo el número de personas que se ven obligadas a huir de sus países de origen por culpa de catástrofes humanas y naturales, porque ven amenazada su seguridad física o psicológica, o, simplemente, a causa de las crecientes desigualdades sociales y la falta de oportunidades en el ámbito económico. Destinos de millones y millones de personas comunes se han convertido en vivir la vida como refugiados o desplazados. Al mismo tiempo, la lucha inmediata por la supervivencia y la seguridad está relacionada cada vez más con el encuentro de culturas, así como con la capacidad y la voluntad de los individuos —pero también del conjunto de la sociedad y las naciones— de conocerse entre sí. Está relacionada cada vez más con la definición del propio ser, tanto para aquellos que llegan en calidad de extranjeros como para aquellos que los reciben.

En muchos sentidos, me gustaría que hoy en día este relato hubiera quedado obsoleto. Pero en la realidad no es así, más bien es lo contrario. Cuando me invitan a hablar sobre *Guerra* en dis-

tintos países, me encuentro con que, cada vez más, tachan mi relato de politizado. En primer lugar, nunca he entendido por qué se ve mal que algo esté politizado en un mundo politizado. Y, en segundo lugar, algo más importante aún: ¿acaso no es retorcido —terrible e inquietantemente retorcido— que el simple acto de tratar de imaginar y comprender a los otros y tener empatía con su situación se considere algo politizado? ¿Acaso no estamos traspasando los límites de nuestra propia humanidad?

Quisiera expresar el deseo, por tanto, de que no sea ese el caso. Espero que lo que seguimos buscando todos —o, al menos, muchos de nosotros— en el mundo sea el entendimiento. Quiero expresar el deseo de que este texto se lea de una forma no politizada, que sea más bien una invitación a imaginar. Una invitación a adentrarnos en la vida de los otros, a asumir la responsabilidad que todos tenemos sobre lo que nunca debería ser nuestro destino. Pero si algún día ocurriera, ¿no sería un gran consuelo iniciar el tortuoso camino de buscar refugio y una vida

mejor en algún otro lugar del mundo confiando plenamente en que, cuando tuvimos la oportunidad de hacerlo, todos y cada uno de nosotros ayudamos a garantizar y a difundir los valores básicos de la civilización humana, es decir, que «todos los seres humanos nacen iguales» y que «hay que tratar a los demás como te gustaría que te trataran a ti»?

JANNE TELLER

Guadalajara, 7 de marzo de 2013 /

Elsinor, 26 de julio de 2016

